

En busca de lo sefardí

(Viene de la pág. 308)

La lección de mi anécdota es clara. Habrá que entender que siendo las azqueñas la mayoría de los judíos en los Estados Unidos, serán ellos los que nos van a absorber y englutir.

El vino español tenía un sabor involuvemente pastoso. A sorbicos bebíamos este vino de reyes y príncipes. Ahora ya se veía mucha gente. En el salón con su *bar* los convidados empezaban la fiesta tomando los convencionales *cocktails*. Esta nueva invención alcohólica es el poder mágico con que se sacude al cuerpo estimulando la alegría. Como todo lo americano debe hacerse por mecanismo, el *cocktail* es el instrumento que enciende al cuerpo echándolo en un mar de gozo palpitante. Lejos estamos, por lo visto, de aquellas bodas hispano-levantinas que se celebraban con bebidas dulzonas. Aquí se bebe el misterioso *cocktail* que obliga al convidado a sentirse fuera de sí...

En el salón-bar con sus convencionales *cocktails*, se veía una mesa cargada abundantemente de *huevos jaminados* (huevos duros), blancos y dorados. Queso blanco, queso de buracos (huecos) en rebanadas delgaditas, empanadas de espinacas y queso, caviar derretido: esos eran algunos de los ofrecidos manjares. Estos pocos productos de la cocina sefardí eran lo que recordaba a los que estaban presentes, a despecho de tener lugar en un hotel de carácter impersonal (en un lugar destinado a las fiestas de toda la pequeña burguesía), que la fiesta que nos alegraba era de una gente especial, teniendo a su crédito una larga e ilustre tradición. Casi todo lo substancioso de la tradición había desaparecido; tan sólo unos pobres productos de comer sobrevivían todavía. Se nos despertaban las viejas memorias cuando comíamos también higos frescos llenos de dulzura de miel.

Parecían protestar silenciosamente las características de la tradición por no formar parte de la fiesta. Los judíos que estábamos allí, procedentes de varias ciudades y de diferentes países, algunos nacidos aquí y otros en Europa, sefarditas y azqueñas, nos permitíamos el privilegio de santificar un par de almas judías sin las bendiciones de la Biblia. Ningún representante de la religión estaba con nosotros. El folklore peninsular de mil años no hizo su contribución. ¿Dónde estaban aquellas cantigas de boda? ¿Porqué no oíamos cantar los *zejeles* andaluces y los romances castellanos? ¿Y las ropas bordadas de oro y los tapetes orientales, qué se hicieron de ellos? Todo esto ya pertenece a un lejano pasado. ¿Hemos sentido vergüenza y desdén por lo que tenemos más dentro del túetano? Pero dígame lo que se quiera, lo viejo y venerable ya no contaba más. Nuevas generaciones, un nuevo clima y una nueva raza en formación eran los factores irresistibles de la cultura norteamericana.

La muchedumbre de los convidados crecía, subía el calor de la alegría. Al *cocktail* se juntó la droga de la música

americana, llena de unos ritmos africanos y sensuales. Besos y abrazos, cuerpo con cuerpo y el baile emborrachaba más y más. Pasamos unas horas de esta excitación. El tiempo llegó de sentarse a unas mesas donde se nos sirvió de comer y se nos dió de beber champaña. El ineludible fotógrafo retrató a la gente celebrando el banquete. Al haber terminado de comer, oímos la melodía de unas canciones. Un mancebo sefardí, que entre el público general es conocido bajo el nombre Jackie Allen, cantó dos canciones norteamericanas, dos cantigas de un són triste en busca de un deseo fuerte. La canción americana tiene mucho de

César Arroyo

= De la revista *Vida de hoy*, Buenos Aires.
La dirige Manuel Ugarte =

Motivo de profundo pesar ha sido leer en REPERTORIO AMERICANO de Costa Rica, que nuestro compañero de letras había muerto. Fué precisamente en la publicación antes aludida en donde él solía salir a la palestra para defender los valores e ideales de los pueblos de esta parte del mundo. Allí se ocupó con verdadero entusiasmo de algunos de nuestros escritores más encariñados con lo que ellos han supuesto que es esencia de nuestro pueblo: tales Gabriela Mistral, nuestro propio Director y Vasconcelos, el publicista mexicano.

Arroyo era uno de esos pintorescos hombres de pluma que antes solían mandar (es decir los llevaba en gana) a París. Era del Ecuador, pero pudo haber sido de cualquier parte en este continente. Quizás fuese más conocido fuera que dentro del propio Ecuador, con serlo mucho en su tierra natal. En general el escritor continental que va a París, puede difundir un nombre más fácilmente que laborando en nuestros ambientes (tan cercanos y tan distintos unos de otros en la América Latina). Arroyo fué Cónsul de su patria en Marsella, Cádiz y México; escribió mucho sobre la literatura de su país. Hizo obra útil como Cónsul y como hombre de letras. Por nuestro Director guardó especial estima que en estas líneas le retribuimos; pero otro valor también tienen ellas: tributar un homenaje a la obra útil y bella de uno de los intelectuales que más hondamente han sentido y querido a nuestra América.

africano. No puedes tener todo era una de las canciones, y la otra se titulaba: *Centavos del cielo*. El buen psicólogo podría ahondar en el alma que se está formando en este país, analizando el tono y el significado de estas canciones. Una joven israelita cantó *Buenas noches, amor mío!*, también en inglés.

Lo más curioso del programa musical resultó lo que cantó un amigo mío: hombre popular, alegre, bonachón. Primero cantó una canción cubana:

*Por el mundo voy buscando
la de los claveles dobles,
la del vestido de seda,
y el pañuelo de crespón.*

Los aplausos ensordecedores de aprobación le hicieron cantar la única cantiga sefardí de toda la tornaboda:

*Pasé por una casa rica
y vide una muchachica,
de años era muy chica,
y la entré en el amor...*

Salí al balcón de la casica del rascacielos. Soplaban un aire fresco y frío. Las torres con sus ventanas a millares alumbraban como panales de miel. La maravilla de las noches neoyorquinas, maravilla de una ciudad de fábula, empapaba todo el ambiente de su magia. A las luces de los edificios se juntaban las estrellas, y allá abajo, en las calles, en el Parque Central, se paseaban unos gusanos de luz que acuchillaban la oscuridad para pasar adelante. La fiesta de tornaboda en el rascacielos de la calle cincuenta y nueve de Manhattan parecía sobrenadar en un mar de hermosuras celestes. Las torres de la nueva Babilonia eran los faros que guiñaban sus promesas oscuras. Entre tantas fuerzas y amenazas me dije: ¡qué poco valemos nosotros perdidos entre las muchedumbres azqueñas y la eternidad misteriosa!

*

Aljád. —domingo. Los judíos españoles rehusaron llamar al día de reposo cristiano *Domingo*, por haber creído que su nombre implicaba una confesión de fe. Domingo equivale a Señor, o nuestro Señor. *Aljád* es palabra árabe que significa uno. Por lo tanto, aljád es el primer día de la semana.

Sefardí, sefardita. —Estas palabras pueden usarse como adjetivos o sustantivos. Proceden de la palabra *Sefarad* que llegó a tener el significado de España. Los sefardíes o sefarditas son, pues, los judíos de origen español.

Azqueñas, azqueñas. —En la Edad Media, Alemania era conocida entre los israelitas con el nombre bíblico de Azqueñas. A los judíos de origen eslavo y tudesco, que hoy día forman la mayoría, se les conoce bajo el nombre de azqueñas o azqueñas.

*En la ciudad de Nueva York
consigue usted este semanario*

con G. E. STECHERT & Co.

31-33 East 10th Str.